

Ricardo Tudela

ITINERARIO DE LOS DIOSES ADORABLES

(Apuntes de un diario íntimo)

I

HOY, el primer domingo de Julio, he pasado todo el día, entregado al tormento y al heroísmo de Nietzsche. Mirándome sin cesar en su propio fondo, he escalado con él las altas cimas de la angustia psicológica, y lo he alcanzado en reiterados instantes de lucidez, sin dejar de perderlo después, porque es virtud máxima de Nietzsche elevarnos y dejarnos en seguida en la soledad auténtica, en la soledad que siempre esquivamos. Es así cómo he querido sobreponerme a su influjo de captación, a su irresistible hurgamiento de la entraña moral; para ello he nombrado todos los países del alma y los signos que interpretan las mejores victorias; y es el hecho que su voluntad ha persistido certera, penetrante, demoníaca. Es el anticipo y la coincidencia de todos los valores; sobre todo del valor de advertir, que descubre el gran horizonte y todos los horizontes posibles. Nietzsche convoca a todos los

grandes de su estirpe y tiene el sortilegio de ganar todos los tiempos internos.

Con esa faena han llegado los grandes del espíritu, las banderas del espíritu. Acaso se renace, frente a uno mismo, de estas certificaciones de superación. Goethe, el dios germano que Ortega y Gasset acaba de restituir a su vitalizante estructura, perfora el nervio de todas las precipitaciones; No es posible llorar, junto a él ninguna de las desventuras personales; sabe movilizar el instante y enderezar la hora clara del destino. De él llevamos palabras dispersas y hallazgos de la sobrevida. Su alma de excepción anduvo todas las carreteras del sentimiento; luego, edificándose en perennidad, extrajo de sí las mejores lecciones, el sentido de expansión, la letra viva del crecimiento intuitivo. Por eso tuvo la felicidad, no de ser feliz, sino de encontrar las palabras representativas de ese anhelo. Todos sabiéndolo o sin saberlo, conocemos la música extraña de su energía; ¡una creación tan estética como su arte! Es de pensar que fué el hombre caba!, contenido, intrépido por excelencia; pero recortado sobre moldes humanos, más allá de toda leyenda. Es así como lo siento en mí, perennemente renacido en la vitalidad de sus sentencias. ¿Cuántos itinerarios han realizado por nosotros sus bellos hallazgos? Son miles los momentos en que su «presencia» ha encarnado en el latido exacto de su fuerza. ¿De qué libro son estas palabras tuyas, ya truncas y desdibujadas en mí por tanta acción de persistencia? «Aprende pronto a ser juicioso. En la gran balanza de la suerte, la aguja difícilmente queda estable. Es necesario reinar y agrandarse, o servir y decaer; ser yunque o martillo; dar o recibir... ser o no ser, como dijo el genio inmortal de Shakespeare».

Un día encontróse Nietzsche, en viaje a través de los Alpes, con el gran Mazzini, que iba creándose el destierro. Se comprendieron. El alemán se llevó una sentencia que era el evangelio de entereza del italiano.

La sentencia era de Goethe. Oigámosla: «Nada de transigir: hay que vivir resueltamente en la integridad, la plenitud, la belleza». Nietzsche no olvidó nunca más ni a Mazzini ni a la sentencia de Goethe. La hizo también su evangelio. Goethe se rubrica con Goethe. Por eso se sobrevive, discierne, combate, supera. Es un viandante moral sobre todos los caminos del mundo. No importan las verdades que consiguió ni el tono, a veces impreciso que usa para evocarlas. Como apunta Ortega y Gasset, fué, sobresaliendo del panorama de todas las épocas, una autoproposición de libertador del ser; por eso rige aún los mejores combates.

Pero también seguimos confiando porque Emerson confía con nosotros. Remachó definitivamente aquel trascendente «confía en ti mismo». Es el hombre feliz, de la felicidad de la confianza; en círculos, en panoramas, en arrebatos de no-conformismo. Emerson viene empujando todos los climas morales de la historia; quiere que respiremos hondo, que acumulemos vitalidad del alma. Sabe fabricar una dicha con excesos de dorados y cierta destreza de miniaturista espiritual; es una dicha flexible, libre, intuitiva; la transfiere en cierta acidez de contenidos éticos. Su arquitectura, aunque abstracta, no flaquea en los momentos decisivos. Es viajero del cielo. Tiene un don admirable: ama el vuelo y la intrepidez del vuelo. Pero he aquí su paradoja: vierte en cada palabra un refugio de hombre, de hombre integral, humanizado en la sutilidad y limpieza de los esfuerzos. Para ello proclama la urgencia secular de limpiarnos de prevenciones, de dogmas agoreros. Creación, coraje vital de creación. De esa manera tendremos la vía trascendente, el sentido cósmico, y lo tendremos insuflado en lo cotidiano, vitalizando la carne viva de lo cotidiano.

II

Luego, frente a estas comarcas—jah, es imposible desoír el clamor!—tendremos los auténticos Walt Whitman y Nietzsche. Ambos remueven la entraña bien adentro, agitan la sangre, saben generar los grandes procesos vitales. Walt Whitman no vaciló en promover el sentido brutal de la vida; pero de la brutalidad creadora. Es el canto que surge de todas las latitudes, que encrespa las ciudades, que anima los más olvidados rescoldos. No interesan las apariencias, el hedor de las apariencias. «Todo es verdad», grita en medio del mundo. Por eso, pisoteando todas las debilidades, hay que ir más allá de las formas, pero embadurnándose en las formas. El ímpetu civil entraña toda la fuerza que necesitamos. Nada de lágrimas, de sentimientos estériles, de esperas anuladoras. El tiene la visión de los atrevimientos, de la energía pura, y no sólo en la hora ireemplazable del parto estético, sino trascendiéndose, dándose, concentrándose en la totalidad cósmica. La vida encierra la mejor soberanía de la vida. No hay caso de querer desdecirnos, de avanzar sin hombría, de maldecir de la exaltación que nos crucifica. «Cambio de agonías como de vestimentas», dice tumultuoso y magnífico. Es el hombre fuerte que transfiere todos los recuerdos para quedarse a solas con el hombre. Ha olvidado los dogmas a fuerza de pensar en la ley; esa ley del valor fervoroso, sensual, panteísta. Si quieres reír, riéte, como el mar; si quieres subir, deja atrás todas las montañas. Instrúyete en tu propia pequeñez y levántate en busca de la dicha que aguarda constantes nacimientos. Buena la agonía; es un sentido de ayer, de hoy, de siempre. Recibimos, desde su subsuelo, corrientes invisibles de agua depuradora. Hay que llevar la bestia lo más fiel posible a la piel de la vida. No tardará el encuentro («joh, creo

en ti, alma mía, brizna cósmica de hierba!») persiguiendo los cauces íntimos, desgarrando el eterno presente. Alguna vez hablaste de tus grandes momentos: embriaguez de conciencia universal.

Walt Whitman saborea cierta paternidad sobre el alma de Nietzsche. Con éste rebalsan todas las medidas: ¿Para que, maestro de todas las peleas? Para vernos en ti, sin serenidad. sin cordura, sin transacciones. Eres la suma exaltada de las mejores consecuencias. Tienes—¡oh, adorado Nietzsche!—la destreza del desequilibrio. Tu pulsación espera aún la mano potente que la regule. Supiste alimentar tantas águilas en tu propia entraña, que Prometeo encontró la encarnación viviente de su símbolo eterno. ¡Qué conmoción de mundos en tu mano! Encontraste un ritmo nuevo: la vitalidad de la tragedia. Esa grandiosidad, que venía buscándonos el alma desde Grecia, está en todos los ámbitos, respira aire libre de naturaleza, crece del fondo purísimo de las hierbas. La tragedia es el gran sentido que despierta el subsuelo y las alturas. Exige aptitud de creación, regocijo dionisiaco, limpidez apolínea. Tiene un gran mandato: afirmar sobre el promontorio del no acatamiento. Nada de piedad, nada de entrega; si somos fuertes, que sea sin sibaritismos espirituales, sin renunciamientos intelectualistas. La doctocracia es el plebeyismo de la vida moderna. Reír, cantar, entrever millones de auroras. Es el ritmo eterno de la justicia sin ritualismos. La verdad reniega de cualquier clase de evasión; puede adquirir pasaportes de energía, proclamar todas las libertades: siempre será la misma forma de esclavitud. Es menester apresurar el gran tiempo, el resumen del gran tiempo, todas las peripecias, el dramatismo, los sucesos, la escena y la contraseña paradójica del gran tiempo. Para ello debemos confirmar duramente el sentido creador de la vida. El hombre es sólo el camino y la doctrina del camino; ¡ya

vendrá la realización cabal, el Hombre que hierve dentro del hombre!

Nietzsche intenta concretar la tragedia de todos los devenires. ¿Concretar? ¡Superar! Es una llama viva que acelera la incandescencia terrible del futuro. Sueña una medida que trasciende todas las medidas; crea horizontes infinitos donde la posibilidad humana enarca la alegría hacia límites sobrehumanos, y siempre concentrado sobre la vida, proclamándola, festejándola, imprimiendo sobre sus resonancias un latido de heroísmo. Pocas veces viviése un coraje, mantenido con mayor dignidad. Esa dignidad permítele ascender a lo vedado, explorar terrenos peligrosos. Es el hombre puro que esconde su santidad en la selva de todas las agresividades. De ahí que haya agitado el agua estancada de todos los símbolos; de ahí que le siguieran los peores fantasmas de la historia; de ahí que expusiera a padecer las rachas más heladas de la verdad.

¿Qué nexo profundo tienden hacia nuestra alma esas almas preclaras? Lo sabes tú, ser en que voy realizándome. Los cuatro son el sentido de potencia. He querido correr, alimentarme de bosque, sentir el latigazo de las rachas invernales. Dentro de la pulsación exterior, he logrado escuchar enormes pulsaciones de la vida profunda. El alma tiene sus mareas, sus puertos cerrados, sus comarcas inhospitalarias. Pensar es función de ahondamiento y de viaje. El alma desconocida—el hombre que aguarda—percibe designios extraños y un sentido universal de existencia. En esa hora soportamos excesos de evocación. Es la fuerza que excita todas las ideas, todos los recuerdos, todos los empujes. Una confianza de altura—de filosofía de altura—nos gana por dentro; es la fe de los planos altos que escarba todas las intimidades, que elabora sustancia.

Esos días no se pagan con ningún dinero. Dentro de ellos cada uno es como el borrador de la propia vida.

A veces rebalsamos de texto, padecemos cargazón de mirajes, demasía de perfiles. Los conceptos son la jauría que aúlla y que amenaza. Entonces nos llenamos de correcciones, de sentidos nuevos, de perspectivas integrantes, de llamadas y rectificaciones irresistibles. La obra nos aguarda en todos los recodos. Es nuestro grito profundo, el grito de cada minuto. Quizás tengamos que corregir todos los textos, tachar todas las esperanzas, aligerarnos de las frases queridas. Nos gobierna una razón inescrutable de sobriedad. La sobriedad del dolor, de la vida en crecimiento de fortaleza. La sobriedad imprecisa, musical, deshumanizada. Una energía exaltante y contenida. La energía del conocimiento vital—del conocimiento creador, que dice Keyserling— antesala del pulso seguro, de la «mirada creadora» (¡cómo la conocía tu angustia, oh Nietzsche!) que justifican la agonía y el crecimiento profundo de la agonía.

Desde entonces—desde ese entonces que trasuda todos los tiempos—vamos completándonos, ciñéndonos, exprimiéndonos en los dioses adorables: ¡savia insubstituíble para la obra que ronda los altos mundos y las horas de secreta y pura lucidez!

Mendoza, 1932.